

N 6105
H 765

B244177 B

Año I. - Núm. 1.

Barcelona, 1.º octubre 1916.

EL HOMEÓPATA

REVISTA TRIMESTRAL
especialmente dedicada a los
trabajos de laboratorio
provechosos para la ciencia
homeopática

DIRECTOR

M. CAHÍS, Aviñó, 7, pral. 2.ª

SECRETARIO

J. BLANCH CLAUSELL

Lauria, 46, pral. 1.ª

ADMINISTRADOR: A. GORT CIVIT

Calle Sta. Ana 5, Farmacia

Pudiera con el tiempo suceder que los homeópatas resultásemos los clarividentes y los alópatas los ofuscados que no supieron ver la importancia de la Homeopatía.

M. Cahís, «La Homeopatía experimentalmente demostrada», folleto de 1912.



ACONITUM NAPELLUS, L.

BARCELONA - 1916

Imprenta Elzeviriana, España Cataluña, 12



EL HOMEÓPATA

Suscripción para Barcelona	2	pesetas.
— Resto de España	2'50	»
— Extranjero	3	»

Número suelto, 1 peseta
en casa el Administrador, calle Santa Ana, núm. 5

REMEDIOS TOXINAS CAHIS

Poderosos en la mayor parte
de las enfermedades

Preparados por

A. GORT CIVIT

Calle de Santa Ana, número 5, Farmacia



EL HOMEÓPATA

SUMARIO: Editorial. — Los experimentos del Dr. Kubasta, por M. Cahis. — «*Turba medicorum perit*», por M. Cahis. — Bibliografía. — FOLLETON: Homeopatía segura, por M. Cahis.

EDITORIAL

Traemos a la prensa médica un ideal perfectamente definido. Creemos que es posible demostrar experimentalmente el valor de las diluciones o potencias homeopáticas, no sólo salvando a un animal intoxicado, sí que también dañando con las mismas diluciones homeopáticas a un animal sano.

Nuestro objeto no es sólo dar a conocer estos trabajos, sino, además, cuantos otros tiendan al mismo fin, sin descuidar las aplicaciones a la clínica.

La misión de revindicar el valor científico de la Homeopatía no es exclusiva a un hombre ni a una localidad. Ha de ser la resultante de cien homeópatas trabajadores, que repitan en cien localidades distintas, un día y otro día, un mes y otro mes, los experimentos en *anima vili*, conducentes a la demostración de la verdad homeopática. Sólo así se llegará a imbuir la convicción no sólo al cuerpo médico alopático, sí que al cuerpo sabio universal.

EL HOMEÓPATA saldrá trimestralmente, a no ser que la abundancia de materiales obligue a otra cosa.

Un saludo a la prensa en general y a la profesional en particular.

Los experimentos del Dr. Kubasta

por M. CAHIS

Séame permitido, antes de entrar en materia, presentar aquí mi calurosa felicitación al eminente doctor Hans Kubasta, médico de Badgastein (Austria), por haber sabido buscar la demostración de la Homeopatía sin martirizar a los pobres e inermes conejos. Aprovecho esta ocasión para pedir mil perdones a los muchos médicos homeópatas que son antiviviseccionistas. Si he procedido cruelmente contra los pobres conejos, bien a mi pesar ha sido; pero no he sabido encontrar un medio mejor para demostrar el valor de la Homeopatía.

Para su objeto, el doctor Kubasta se ha valido del método del profesor Gustavo Jaeger, de Stuttgart, llamado *Neuranálisis*.

Cuando diversos observadores de los fenómenos astronómicos hallan diferencias que no pueden ser atribuidas más que a la diferencia de transmisión de la corriente nerviosa, que pasando por el ojo y el cerebro del observador van a la mano del mismo, llaman a esto *ecuación personal*.

El profesor Jaeger ha dedicado treinta y seis años de continuados estudios y experimentos a esta sencilla causa de error, fuente para él de provechosas enseñanzas, y aunque no fuese más que por sus treinta y seis años de pacientes experimentos, merecería este sabio mi más profunda veneración.

La obra capital de este observador se titula *Entdeckung der Seele*, la mejor traducción de cuyo título me parece ser *Demostración del alma*.

Los primeros ensayos del profesor Jaeger versaron sobre los polvos oloríficos y gustativos, y a propósito de esto, dice que ya en sanscrito, la palabra *schuschma* (alma), quiere decir *yo huelo*, y sería imposible que yo diese aquí una idea clara y concreta de sus trabajos.

Sólo diré que al tiempo que tarda la corriente nerviosa en pasar de la retina o de la membrana olfativa a los dedos, le llama «tiempo de los nervios» (*Nervenzeit*), y lo mide con el cronoscopio de Hipp, con el cual puede apreciar $1/1,000^{\circ}$ de segundo.

A las gráficas obtenidas con 200 mediciones del tiempo de los nervios, las llama *osmoramas*. Estas 200 determinaciones se descomponen así: las 10 primeras son de reposo, las 90 siguientes son de absorción del alcohol sin remedio, y las últimas 100 son de aspiración del alcohol conteniendo el remedio.

El profesor G. Jaeger no tenía aficiones homeopáticas, y fué instado a la experimentación de los remedios hahnemannianos por uno de sus discípulos, el señor Göhrum.

Los remedios experimentados por medio del neuranálisis por el profesor G. Jaeger y sus discípulos fueron cuatro: *Aconitum*, *Thuja*, *Natrum muriaticum* y *Aurum foliatum*. Escogió el primero por ser extremadamente usado en Homeopatía; al segundo, por ser muy irritante; al tercero, por ser tan profuso que se halla en el aire, en el agua en que prepara el remedio y en nuestra misma sangre, y al cuarto, por ser considerado insoluble.

Los osmoramas en que demuestra la acción de las potencias de estos cuatro remedios son muy probantes si el *modus faciendi* es impecable.

Ahora bien: el doctor H. Kubasta quiso experimentar las altas diluciones de Tétanotoxina por medio del neuranálisis; y en su carta del 8 de abril de 1914, me da cuenta de sus investigaciones en la siguiente forma:

«He encontrado — dice —

Cifras de reposo (cada cifra representa 10 medidas)

21	22	21	22	23	21	82	}
20	20	26	23	22	24	86	
21	22	26	23	20	21	97	
20	22	24	22	22	22	90	
—	—	—	—	—	—	88	
82	86	97	90	87	88	87	
						88	
							618 : 7 = 8'83

Tetanotoxa, synth. 2,701 - 3,000 (glóbulos)

16	21	16	19	16	19	19	65
17	15	20	19	16	16	20	71
16	16	16	20	17	18	18	70
16	19	18	17	17	16	19	75
—	—	—	—	—	—	—	66
65	71	70	75	66	69	76	69
						76	
							492 : 7 = 7'03

8'83	8'83 : 1'80 :: 100 : x	
7'03	$\frac{1'80 \times 100}{8'83} = 20\%$	efecto
1'80		vivificante

Tetanotoxina 4,201 - 4,500

13	17	15	18	18	17	16	69	8'83
13	14	16	15	20	16	16	67	6643
17	16	17	19	14	17	18	68	—
16	17	20	17	19	17	17	67	2187
—	—	—	—	—	—	—	59	21870 : 883 = 24'76%
59	64	68	69	71	67	67	71	efecto
						67	vivificante	
							465 : 7 = 6'643	

Tetanotoxina 5,701 - 6,000

16	16	15	15	16	16	14	69	8,83		
16	17	17	16	16	14	15	63	6'5		
14	17	15	20	18	19	18	69	—		
15	19	16	18	17	17	17	61	2'33		
—	—	—	—	—	—	—	62	23300	: 883 = 26'3%	
61	69	63	69	67	62	64	64	5640	efecto	
							—	3420	vivificante	
								455	: 7 = 6'50	
								35		

Por estos experimentos tan pacientemente practicados por el sabio austriaco, se comprueba por otra vía muy distinta lo que yo afirmaba en mi folleto de 1912 (1), esto es, que hay incrementos de la acción antidotaria de Tetanotoxina con respecto a estrignina que son en algún modo proporcionales a la elevación de las diluciones; y son notables, sobre todo, las concordancias entre las cifras que yo hallé y las halladas por el doctor Kubasta. Así, por ejemplo, yo hallo para tetanotoxina 2,701-3,000, 1'35 homeodyna y el sabio austriaco 20 % de poder vivificante. Para tetanotoxina 4,201 - 4,500, 1'42 homeodyna, y Kubasta 24,76 de poder vivificante, y para tetanotoxina 5,701 - 6,000, yo hallo 1'46 homeodyna y Kubasta 26'04 % de poder vivificante.

«He hecho, además—me dice el doctor Hans Kubasta—, experimentos con otros remedios de usted, y las diluciones más altas, por ejemplo la 400 a 3,000 (mezcladas), dan invariablemente un *mayor efecto vivificante* que las altas diluciones mezcladas con las bajas, por ejemplo 6 - 3,000.»

Este hecho nuevo del antagonismo entre las diluciones bajas y las altas, que bien puede titularse *Ley de Kubasta*,

(1) *La Homeopatía experimentalmente demostrada*. (Primera serie de investigaciones).

tiene en mi sentir una importancia grandísima. Así me explico el fracaso que tuve de un caso de tétanos (observado después de publicado mi *Homeopatía segura*. Fué un caso sobreagudo de tétanos en un niño de siete u ocho años, quien murió en tres a cuatro días, a pesar de *Tetanotoxina* pan ³-6 M. En este preparado hay mezcladas las diluciones bajas del remedio (en acorde) y las altas (en síntesis). Probablemente si le hubiese dado unas u otras diluciones solas hubiese obtenido éxito.

El mismo fracaso he obtenido con gonocotoxina en la blenorragia. La síntesis 5 - 6 M me ha fracasado siempre, y, en cambio, en los pocos casos en que he tratado el flujo uretral con la síntesis 5 - 300.^a c. sólo he obtenido beneficios.

De modo que no sólo las bajas diluciones antidotan a las altas, sí que también, la inversa es igualmente cierta, las altas diluciones antidotan a las bajas; y algo de esto se ve en mis experimentos *in anima vili*, donde las altas diluciones antidotan la substancia venenosa.

En otros remedios toxinas no he observado este antagonismo entre las bajas y las altas diluciones, o a lo menos en *Anthraxotoxina*, *Diphtherotoxina*, *Pneumocotoxina*, etc., la mezcla parece aumentar clínicamente el efecto del remedio, quizá porque en mis acordes de estos remedios no paso de la 3,000.^a c.

Posteriormente he visto en la prensa médica (*Esculapio*, año V, número 47) un trabajo de los doctores Juan Camús y Nepper, titulado «Medición de las reacciones psicomotrices de los aspirantes a la aviación». En él los profesores citados no hacen la menor alusión a los trabajos del profesor G. Jaeger, aun cuando en el fondo ambas clases de estudios son una misma cosa. El profesor de Stuttgart llama neuránálisis al estudio de reacciones psicomotrices provocadas por la visión y la olfacción, mientras que los autores franceses, generalizando el método, lo aplican al estudio de las impresiones visuales, táctiles y auditivas

HOMEOPATIA SEGURA

MEMORIA DESTINADA AL CONGRESO INTERNA-
CIONAL HOMEOPÁTICO DE LONDRES, DE 1911

Por M. CAHÍS

VICEPRESIDENTE HONORARIO Y DELEGADO DE LA ACADEMIA
MÉDICO-HOMEOPÁTICA DE BARCELONA

Barcelona - Aviñó, 7, principal

SEGUNDA EDICIÓN

CONSIDERABLEMENTE AUMENTADA Y REFORMADA

BARCELONA

Imprenta Elzeviriana - Borrás, Mestres y C.^ª - Rambla Cataluña, 12

1916

*«Cuando se trata de un arte que alivia los males
de nuestros semejantes, el descuidar de apren-
der es un crimen.»*

HAHNEMANN

PRÓLOGO

En los cinco años transcurridos, desde que publiqué la primera edición de esta obrita, han sido tantos los nuevos remedios que agregué a los publicados, y tantas las modificaciones de criterio que por propia experiencia o por sugestión de sabios médicos homeópatas extranjeros he sufrido, que se imponía una nueva edición.

Parece que la redacción de la primera edición, en forma de conclusiones, recomendada como conveniente, para la mayor brevedad, por el Comité del Congreso de Londres, perjudicó bastante a su fácil comprensión; y así se explica que el sabio Dr. Katz, médico y filósofo de Leipzig-Gohlis, diga de mí «que les quedo a deber el hecho» (el hecho de la autonomía de acción de los dos *Natrum muriatum*, el disuelto en dosis de algunos miligramos en el vaso de agua, y el otro *Natrum muriaticum* a la 30.^a dilución centesimal, que, disuelto en el mismo vaso de agua, obra curando homeopáticamente, según su peculiar patogenesia), y esto en el mismo instante en que lo cito. Procuro ser más explícito en esta edición.

Debo especial agradecimiento a los colegas del Congreso de Londres de 1911, y muy particularmente a su muy digno Presidente Sr. G. Burford,

quien no sólo en la espléndida recepción que dió a los congresistas en su casa de Londres, sí que en todos los actos del Congreso y en los posteriores y sucesivos en que él ha tomado parte, o en la prensa, cuando ha debido hablar de mí, lo ha hecho siempre con sumo cariño y amabilidad.

A su regreso de Londres, mi digno amigo el doctor Sam. Van den Berghe, dió en la *Revue belge d'Homœopathie* a sus lectores un extracto de mis ideas, haciendo notar mi peculiar manera de solucionar la cuestión de las dosis; lo propio que a cada remedio-toxina, acompañó su poco de patogenesia.

Algunos meses después del Congreso de Londres, el erudito y activo doctor Cartier, de París, publicó algunas monografías (*Thérapeutique des maladies des voies digestives*), etc., y en ellas cita, entre otros remedios, algunas de mis toxinas que tienen aplicación al caso.

Mi excelente amigo y gran médico práctico, alemán, el doctor J. Kirn, de Pforzheim, congresista distinguido en Londres, aprovechó el primer Congreso homeopático de lengua alemana, celebrado el 10 de agosto de 1912, en Zurich, para dar a conocer en extracto mi método de los acordes homeopáticos, lo propio que de mis remedios-toxinas, de los cuales refirió algún éxito notable. Y prueba de que las exortaciones del distinguido disertante no debieron ser letra muerta para los congresistas, que en los días de este congreso recibí una tarjeta postal salutarioria, firmada por once doctores alemanes.

Por aquel entonces, también mis nuevas teorías tuvieron alguna resonancia en la América latina, especialmente en Cuba, México y Centro-América, donde muy caros amigos míos trabaron amistad postal conmigo desde entonces.

Entre los homeópatas belgas, el que más activa correspondencia entabló conmigo fué el doctor Mersch, de Bruselas, Vicepresidente Honorario del Congreso de Londres de 1911, a cuya sugestión debo en gran parte mi posterior preferencia por las síntesis homeopáticas, *porque en ellas las gradaciones de las dosis — me decía — son más suaves.*

Aparte de las relaciones amistosas con otros colegas franceses, belgas, suizos e italianos y, sobre todo, varios alemanes, el doctor Schlegel, de Tubinga, entre otros, quien ha sido sobre todos un entusiasta propagador de mis trabajos en Alemania, fué el activo doctor H. Kubasta, presidente del círculo homeopático de Viena, quien no sólo empleaba grandemente mis remedios y los recomendaba a sus amigos, sí que además fué gran propagador de mis estudios en Alemania, dándolos a conocer en un extenso artículo publicado en el *Berliner homöopatische Zeitschrift*, *Band IV (XXXII), Heft I* (febrero de 1915); y más tarde hizo importantísimos estudios experimentales, siguiendo el método del *Neuranálisis* del profesor Jaeger, de Stuttgart, con los cuales confirmó por vía muy distinta los resultados obtenidos en mi primera serie de experimentos. (*Homeopatía experimentalmente demostrada*, folleto de 1912.)

De modo, que si bien por una parte he recibido algunos sinsabores por algunos detractores, en cambio, son tan numerosos, variados e importantes los amigos que he adquirido por todo el mundo (son muchísimos más de los que cito), que bien puede perdonarse el coscorrón por el bollo.

Antes de entrar en materia, séame permitido aquí elevar mi humilde protesta por esa maldita guerra europea, que hace dos años me tiene separado de tantísimos amigos míos, muchos de los cuales, ¡ay!, quizás hayan muerto.

Septiembre de 1916.



Estudiando con alguna atención los fenómenos homeopáticos, esto es, los fenómenos de curación de enfermedades por los remedios semejantes en estado dinamizado; y aun más: si, prescindiendo de la repugnancia teórica que a todo homeópata le producen las mezclas medicamentosas, operamos con éstas, observaremos en ellas ciertas decadencias que, serenamente estudiadas, pueden ayudar a comprender el modo de acción de los remedios dinamizados.

Para ello nos valdremos de un ejemplo. Si tomamos un saco o bolsa de malla, lleno de nueces, y con los ojos de la imaginación nos figuramos que cada una de aquéllas es un remedio que forma parte de un compuesto homeopático, podremos, desde luego, comprender que la mayor parte de las nueces no

pueden obrar como medicamento, porque están *ahogadas* (pase la palabra) por las nueces que están encima y en la superficie de aquel cúmulo. De manera, que en este complejo homeopático, la mayor parte de los remedios son inactivos.

Si en vez de muchas nueces, colocamos en el saco de malla una sola nuez y un melón, por ejemplo; y si con los ojos de la imaginación consideramos que la vista de aquellos frutos obra como la acción farmacodinámica, y nos figuramos además que el fruto grande o melón es el remedio activo, y el fruto pequeño o nuez es el inactivo de un compuesto, tendremos que éste, aunque en pequeña escala, perturba, o puede perturbar, la acción (o visualidad, en la parte material del ejemplo) del remedio grande o activo. De modo, que un compuesto homeopático, siempre queda en algo perturbado, y en mucho si son muchos los remedios mezclados. En 1907 compuse un remedio, que llamé *Paunbexis*, con 82 remedios contra la tos, y no me curó ninguna tos.

Si en vez de una nuez y un melón ponemos en la bolsa de malla diversas frutas, como naranjas, granadas, cocos, melones y calabazas, el conjunto será un remedio inarmónico.

En los diferentes ejemplos que hemos puesto, se ve que nunca en ellos un remedio deja de perturbar a los otros; y se puede considerar que el conjunto resulta de las acciones farmacodinámicas de los remedios preeminentes, modificados en más o en menos por las acciones modificatrices de los menos activos.

De manera, que el conjunto obra como un todo armónico o acorde, o como un modo inarmónico o desacorde, y no obra como si se diese un solo remedio, el activo.

El conjunto, pues, de un compuesto homeopático puede obrar de un modo especial y genuino, a la manera que las notas que componen un acorde musical no suenan distintamente, sino por un conjunto que es muy diferente de cada nota aislada.

Y lo que digo de las mezclas de los remedios, lo digo también de la alternación de los mismos, porque, como todos los remedios, tienen una cierta *duración de acción*, la cual se refuerza o perturba en más o en menos con la alternación del segundo remedio *cuando aun no se ha agotado la duración de acción del primero*.

De manera que es probable que aun los más puristas homeópatas hagan, sin quererlo, polifarmacia cuando dan un remedio a continuación de otro que no ha terminado aún del todo la duración de su acción.

Volviendo ahora al tercer ejemplo que hemos puesto (de una bolsa de malla con frutos diversos: nueces, naranjas, granadas, cocos y melones), suponemos que por un cierto artificio se conglomeran aquellos frutos, formando un todo sólido; y que, adquiriendo dureza diamantina, un cierto artista ciclópeo tallase en aquellos frutos algunas facetas, de manera que todas ellas estuviesen orientadas en una misma dirección. Si suponemos que aquellas facetas representan una acción farmacodinámica, se obtendrá en

aquel compuesto medicamentoso lo que yo llamo *efecto afacetado*; y que, en este caso, estando orientadas todas las acciones medicamentosas en el mismo, se obtendrá el máximum de acción curativa: más aún que en un remedio simple.

Sólo que esta perfecta orientación, en un remedio compuesto, es muy difícil de alcanzar.

Las distintas modalidades patogenésicas o facetas, que se presentan en un complejo homeopático, pueden ser numerosas, aun cuando entren pocos remedios en el complejo, si éstos son policrestos y pueden reforzar la acción curativa del complejo o perturbarla; siendo tanto más fácil que se perturbe esta acción curativa cuanto más intensas y variadas sean las acciones de los medicamentos que lo integran y cuanto más numerosas sean éstas.

Como consecuencia de lo anteriormente dicho, los complejos homeopáticos deben estar compuestos de pocos remedios, ya que, en términos generales, se puede decir que la acción terapéutica de un complejo disminuye en razón inversa del número de los componentes.

Probablemente esta decadencia reaccional de los complejos nutridos será mitridática. El organismo se acostumbra rápidamente a la impresión múltiple de un remedio compuesto; reacciona tanto menos cuanto más numerosos sean sus componentes, a no ser que todas las modalidades patogénicas o facetas de cada uno de los componentes estén precisamente orientadas en un mismo sentido. Pero como esta perfecta

orientación es en la práctica casi imposible, resulta que, si bien los componentes de un complejo ensanchan tanto más la esfera de acción del mismo, cuanto más numerosos y cuanto más policrestos son, en cambio debilitan la acción farmacodinámica por las mismas causas y en las mismas proporciones.

La reacción orgánica antitérmica, antiflogística, antidolorosa, etc., será tanto más difícil e incompleta cuanto más vaga y difusamente sea provocada; y esto precisamente sucederá en los compuestos de innumerables facetas o modalidades patogenéticas.

Por lo tanto, el *summum* de la acción curativa de un medicamento homeopático, se obtendrá con un solo medicamento.

Pero este éxito, que se logra bastantes veces en la práctica, en muchas ocasiones no se obtiene, y entonces es conveniente ensanchar la esfera de acción, ya recurriendo a la alternación de los medicamentos, ya a los complejos.

Distintas diluciones pueden ser mezcladas en un compuesto homeopático, sin que unas estorben a las otras, a la manera que puede disolverse la 30.^a c., dilución de *Natrum muriaticum* en un vaso de agua que contenga algunos miligramos de cloruro de sodio, sin que éste impida la acción curativa del primero.

Este hecho de la acción autonómica de los dos *Natrum muriaticum*, disueltos en el mismo vaso de agua, me hizo concebir la idea de acoplar distintas diluciones de un mismo y único remedio, para solucionar la cuestión de las dosis homeopáticas.

A este efecto, mezclé *Coffea* 6.^a c., *Coffea* 18.^a c. y *Coffea* 30.^a c., les imprimí cien sacudidas y empapé glóbulos; y obtuve con aquel que llamé *acorde normal* de *Coffea*, el efecto beneficioso de este remedio, cuando está indicado, obrando rápidamente en todos los individuos, sea cual fuere su grado de excitabilidad.

¿Es lógica esta mezcla de las distintas diluciones de un remedio? Creo que sí. La dilución 6.^a c., la 18.^a c. y la 30.^a c., grados tan enormemente distintos de disgregación de la materia, vienen a constituir estructuras corpóreas diferentes que hacen vibrar las partes del organismo sensibles a aquellas disposiciones estructurales, del propio modo que un acorde musical hace vibrar los nervios del oído de modo diferente y más agradablemente que las notas elementales que lo componen.

¿Qué reglas deben presidir a la composición de los acordes homeopáticos?

En primer lugar recordemos que al potenciar un medicamento homeopático, distanciamos sus moléculas de manera a hacer el volumen del remedio tanto mayor cuanto menor es su peso. En la 1.^a c. de *Aconitum*, por ejemplo, están sus átomos cien veces más distanciados entre sí que en la tintura madre. En la 6.^a c. sus átomos ocupan un billón de veces más volumen, y en la 30.^a c. el volumen ocupado por sus partículas será un decillón de veces mayor, o lo que es lo mismo: la distancia entre sus átomos habrá aumentado un decillón de veces.

Si el estímulo terapéutico que el medicamento provoca en el organismo, es proporcional al choque de sus átomos, guardará relación con lo distanciados que estén; o lo que es lo mismo: con su volumen, o sea con el número de la dilución.

Así podrán formar acorde los números 6, 12, 18, 24 y 30, o los números 6, 18 y 30. En el primer caso, el remedio estimulará como los números 1, 2, 3, 4 y 5, y en el segundo como los números 1, 3 y 5.

¿Obran los acordes por la impresión que produce en el organismo cada uno de sus elementos constituyentes, a la manera que un acorde musical impresiona por el conjunto de sus notas?; o bien: ¿de los varios componentes de un acorde, sólo obrarán aquellos para los cuales el organismo es sensible? De conformidad con la última manera de ver, hay que recordar que a un enfermo le falla a veces la 6.^a c. de *Aconitum* y le obra bien la 3 × 0 que *Natrum mur.* 6.^a c. no responde y, en cambio, cura bien *Natrum mur.* 30.^a c.

Mas como es evidente que a muchos enfermos les obran bien distintas atenuaciones de un mismo remedio, a tales sujetos les obran con toda su intensidad los acordes homeopáticos.

¿Cuál será la *estructura* de un acorde homeopático? Parece que si a un remedio, cuyos átomos estén muy distanciados, se le agrega una porción de otra dilución, en que los átomos estén más aproximados, estos segundos átomos no harán más que llenar los vacíos de los de la primera, y resultará el remedio como compuesto de la dilución más densa solamente.

Pero el hecho de que *Natr. mur.*, por ejemplo, diluído a la 30.^a c. potencia, en un vaso de agua potable, que contiene cantidades ponderables de sal común, obra, no obstante, homeopáticamente, me hace creer que la anterior suposición no será exacta.

Esta autonomía de acción que tan manifiesta es en el ejemplo que acabo de citar, nos enseña que en un acorde podrán obrar a la vez la 30.^a c. dilución con su excitación igual a 5, la 18.^a c. con su excitación terapéutica igual a 3 y la 6.^a c. con su excitación igual a 1, produciendo un sonido o resonancia terapéutica (valga la frase) igual a 9.

Fácilmente se comprende la intensa reacción terapéutica con que suele responder el organismo a su excitación múltiple por *tonos* tan distintos.

¿Qué número de atenuaciones podrán ser mezcladas en un acorde? ¿Obrará este bien aunque se le mezclen la 2 ×, la 4.^a c., la 6.^a c. y la 30.^a c.? ¿O bien hay cierta relación que conviene guardar entre los números de las diluciones, a fin de que resulte un acorde perfecto? Para resolver este punto hay que averiguar si la acción terapéutica se logra mejor con acordes *difusos* o con acordes *perfectos*.

En el acorde 3 × 3.^a c. 6.^a c. las distancias moleculares de los remedios serán como los números 1,000, un millón y un billón. Si a la acción terapéutica puede aplicarse la ley de Fechner «Las sensaciones medias son como los logaritmos de las excitaciones causantes», la acción terapéutica de la 3 ×, la 3.^a c. y la 6.^a c. será como los logaritmos

de los números 1,000, un millón y un billón, o sea como 3, 6, 12.

Mi experiencia de tres o cuatro años en que uso los acordes me enseña que obran mejor los perfectos.

Compongo varias clases de acordes: el *normal*, el *supra*, el *pan*, el *per supra* hasta 420 c., o simplemente *per supra* 420 c., el *per supra* 600 c., el *per supra* 900 c., el *per supra* 1,200 c., el *per supra* 1,500 c., el *pan per supra*, el *doble pan* y el *pan²*.

Estos acordes se componen del modo siguiente:

El *normal* de las substancias muy activas se compone de la 6.^a c., de 18.^a c. y de la 30.^a c.

El *normal* de las substancias poco peligrosas se compone de la 1 × o 3 ×, la 6.^a c., la 18.^a c. y la 30.^a c.

El *supra* se compone de la 60.^a c., la 90.^a c., la 120.^a c., la 150.^a c., la 180.^a c. y la 210.^a c.

El *pan* se compone de una mezcla de partes iguales de acordes *normal* y *supra*.

El *per supra* 420.^a c. contiene la 240.^a c. y los siguientes múltiplos de 30.^a hasta la 420.^a c.

El *per supra* 600.^a c. contiene la 450.^a c. y los siguientes múltiplos de 30.^a c. hasta la 600.^a c.

El *per supra* 900.^a c. contiene la 630.^a c. y los siguientes múltiplos de 30.^a c. hasta llegar a la 900.^a c.

El *per supra* 1,050.^a c. contiene la 930.^a c. y siguientes múltiplos de 30.^a hasta la 1,050.^a c.

El *per supra* 1,200.^a c. contiene la 1,080.^a c. y siguientes múltiplos de 30.^a hasta 1,200.^a c.

El *pan per supra* contiene la 30.^a c. y subsiguientes

múltiples hasta un límite que hasta ahora no he alcanzado.

El *doble pan* o *pan 2.º* contiene una mezcla de *normal* y de *pan per supra*.

El *pan 3* es una mezcla de *pan 2* y de todas las *síntesis* subsiguientes del mismo remedio.

Llamo *síntesis* homeopática al conjunto de *todas* las diluciones de un mismo remedio, entre ciertos límites; por ejemplo, es una *síntesis* de *Streptotaphylo* el conjunto de 2,994 diluciones que integran el remedio (de la 6.ª c. a la 3,000.ª c. inclusive). En esta forma medicamentosa las diluciones no impresionan el cuerpo por choques terapéuticos distanciados, sino por una suavísima e ininterrumpida gradación de excitaciones terapéuticas, que en uno u otro de sus números abarcan el campo accionable del órgano enfermo.

Por su mayor facilidad de preparación y por el menor espacio que ocupan (ahorrando mucha botillería), es forma medicamentosa mucho más cómoda de preparar.

Su fórmula matemática me parece ser como sigue:

$$\frac{1}{100} + \frac{1}{100^2} + \frac{1}{100^3} + \dots n = \frac{1 + 1 \dots n}{100} 1 + 2 + 3 \dots n$$

Esto por lo que respecta a las *síntesis* aun no formadas, esto es, aun no sacudidas; porque en éstas la fórmula se complica por la dilución de cada una de las potencias o unidades dinámicas homeopáticas en el vehículo de las restantes que componen la

síntesis. Así, por ejemplo, en la síntesis de *Phosphorus*, que he hecho con la substancia pura (5 centigramos diluída en alcohol absoluto hasta la 300.^a c. dilución [las síntesis formadas por 300 diluciones o por 294, las llamo síntesis primarias o elementales], el fósforo material se halla diluído, por efecto de 100 fuertes sacudidas, en las 90,000 gotas de alcohol, que, por suma de las 300 diluciones de 300 gotas cada una, contiene la síntesis de dicho metaloide, y cada una de las diluciones o potencias de dicha síntesis está igualmente diluída en las mismas 90,000 gotas. Así, el metaloide fósforo no está allí como tal metaloide, sino como una potencia intermedia entre la 1.^a y la 2.^a c.

Por último, de conformidad con los resultados experimentales obtenidos por el Dr. H. Kubasta, estudiando mi Tetanotoxina por medio del neurálisis del profesor G. Jaeger, de Stuttgart (o bien método de medición de las reacciones psicomotrices, como le llaman los doctores franceses Juan Camus y Nepper), he preparado las nuevas formas medicamentosas que llamo del Dr. Kubasta, por acomodarse a la ley formulada por dicho sabio, a saber: las diluciones de la 1 a la 300.^a c., antidotan a las superiores a esta cifra, o sea, por ejemplo, de la 301.^a c. a la 6,000.^a c.

Así, en las formas medicamentosas Kubasta, los remedios preparados en acorde o en síntesis carecen de las diluciones 300.^a c. o a veces 420.^a c. abajo.

Estas formas medicamentosas, a pesar de ser anti-

dotadas por las más bajas, me han parecido clínicamente excitantes de las agrupaciones más completas, y los enfermos benefician mucho de estas combinaciones.

Los acordes y síntesis homeopáticos solucionan en gran parte la cuestión de las dosis y la acción debilitante de los medicamentos homeopáticos.

Los remedios homeopáticos *simples* DEBILITAN cuanto más alta es la dilución y más aproximadas las tomas. Los enfermos se sienten *laxos*, les flaquean las piernas, sienten gastralgia, etc.

Esta suerte de *homæophylaxia* (1) se muestra con todos los remedios simples, más en unos enfermos que en otros y algunos enfermos no la sienten jamás.

Pues bien; usando los acordes y síntesis homeopáticos, no sólo se solventa en gran parte (no en la parte que corresponde a las diluciones inferiores a la 6.^a centesimal) la cuestión de las dosis, si que también se solventa en absoluto la acción homeofiláctica de las altas diluciones, pero no la que despierta la 6.^a c.

De manera que esta última cumple a maravilla su papel de suavizar la homeofilacticidad de las

(1) Anteriormente dije *Anaphylaxia* por entender que la hipersensibilidad despertada por los sueros tenía el mismo carácter que la producida por las altas diluciones homeopáticas; pero fué acerbamente criticado, y he adoptado esta nueva palabra. En la lexicología homeopática, no existe palabra adecuada a esta suerte de fenómenos, así, por lo menos, me lo aseguró el Dr. Furest, autor de *La Homeopatía y su lenguaje*, que es autoridad en la materia.

diluciones más altas que ella; pero las más altas no deshomeofilactizan (pase la palabra) a las diluciones más bajas, la 6.^a, por ejemplo.

En cuanto al juicio clínico que me merecen las diferentes formas de agrupación de las potencias, debo decir que en general estoy muy satisfecho de ellas con las salvedades que he apuntado.

En cuanto a la forma de pan ³, aunque rompe la armonía de las diluciones o potencias agrupadas por múltiples de 6 ó de 30, me ha dado resultados bastante satisfactorios cuando el pan ³ no contiene diluciones o potencias más altas de la 3,000.^a c. Así, por ejemplo, estoy altamente satisfecho del acorde pan ³ de *Diphtherotoxina* que contiene el acorde pan, más el per supra 420, más las síntesis 421 hasta la 3,000. Dicho remedio lo doy constantemente cada media hora en la difteria, con éxito siempre igual y sin haber observado agravación homeofiláctica muy marcada. Lo propio puedo decir del acorde de igual clase de *Pneumocotoxina* o de *Anthracotoxina*, o respectivamente de las síntesis 6 - 3 M de *Streptostaphylo*, *Pertussimuco* o *Leprolinum* (todas 6 - 3 M); en cambio, me han fracasado o no me han dado todo el resultado que podía esperar de mi esfuerzo, los pan ³ en que entran diluciones superiores a la 3 M, como Tetanotoxina p. ³ 9,000, *Schaudinnotoxina* p. ³ 6 M o *Carcinotoxina* p. ³ 36 M, y, respectivamente, también tengo grandes fracasos de *Gonocotoxina* 5 a 6 M.

De manera que parece haber aquí una sub-ley que modifica algo la ley de H. Kubasta, a saber: las

diluciones 1 a la 300.^a antidotan mucho más a las diluciones de la 3,000 a la 6,000.^a c., que a las inferiores de la 301 a la 3,000.^a c.

Hay quizás otra causa de decadencia de los acordes pan ³ llevados a contener las más altas diluciones.

En mi tercera serie de experimentos (1) llegué a la conclusión imprevista de que las diluciones límites de un remedio pierden su efecto por el tiempo y en razón directa de éste, lo que atribuía a que al llegar al límite de la dinamización la materia se disgrega *espontáneamente*, esto es, por las causas más ligeras.

Ahora bien, en el acorde pan 3 ³ que contenga las diluciones límites del remedio, se observará la disgregación o aniquilamiento al parecer espontáneo de las diluciones límites, cuyo desmoronamiento tal vez traiga consigo la destrucción consecutiva de otras diluciones no tan altas. Y a esto tal vez se deba que, por ejemplo, el pan ³ de *Carcinotoxina* que contiene todas las diluciones en acorde hasta la 1,500.^a c. y en síntesis hasta la 36 M (tengo motivos para suponer que mucho antes de este número ya no hay allí remedio), me cura muchos menos enfermos que las mezclas de acordes que hice en los primeros tiempos. Y lo propio me sucede con *Tetanotoxina* p. ³ 9,000.^a c., etcétera.

Parece haber en las altísimas diluciones o potencias homeopáticas una especie de intangibilidad com-

(1) Publicada en extracto en la *Medical Century*, julio de 1915.

parable a la de las armas de aquel caballero, de quien se decía:

«Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldán a prueba.»

Como consecuencia de la ley Kubasta y de las consideraciones últimamente apuntadas, he ensayado las altas diluciones de varios remedios toxinas aisladas de sus inferiores, y, en efecto, he podido comprobar que, usadas en dosis únicas, como suelen hacerlo los homeópatas puros, he podido vencer casos muy crónicos o en que está muy agotada la excitabilidad vital; y, en cambio, en los casos no tan agotados, como, por ejemplo, en los niños, mis combinaciones de potencias me obran mejor.

Hace cinco años, en la época de la publicación de la primera edición de esta obra, como no había llegado a las altas diluciones, no había tenido que hacer estas limitaciones.



La elección de medicamentos es otra gran dificultad de la práctica, que se solventa en buena parte con el empleo de los remedios-toxinas o nosodos microbianos.

En efecto, con ellos se curan con relativa prontitud y facilidad la mayor parte de las enfermedades incciosas y buen número de otras que sin serlo deri-

y al de las emociones, influyendo sobre el ritmo cardíaco, el ritmo respiratorio, los vasomotores y el temblor.

El fundamento del método consiste en la medición de los tiempos de las reacciones psicomotrices, según J. Camús y Nepper (*Nervenzeit* de J. Jaeger).

Para la medición del tiempo de las reacciones psicomotrices, J. Camús y Nepper se sirven del cronómetro eléctrico de D'Arsonval, que puede medir un centésimo de segundo, mientras el profesor G. Jaeger, durante más de treinta y seis años ha estado experimentando con el cronoscopio de Hipp que puede apreciar $1/1,000^o$ de segundo.

Por último, los doctores J. Camús y Nepper practican para cada clase de sensación diez determinaciones sucesivas, tomando la media de los grupos de diez determinaciones; ni más ni menos que lo que hace el profesor de Stuttgart, sólo que éste, además, hace preceder cada grupo de diez determinaciones del tiempo de los nervios por otras diez determinaciones de reposo.

Ensanchado el campo de estudio y ampliado en la forma en que lo han hecho los doctores franceses, el método adquirirá mayor relieve y será comprendida su importancia por muchos microspíritus que sin este mayor desarrollo de la cosa, no la hubiesen quizá comprendido.

Por esto vemos con gusto que los trabajos ulteriores de los sabios franceses, repetidas veces citados, vengán a confirmar el fundamento de los estudios del sabio doctor H. Kubasta, que tuvo a bien, por esta vía, confirmar los míos.



«Turba medicorum perit»

por M. CAHÍS

Con esta sentencia querían significar los médicos que eran muy viejos, cuando yo era muy joven, que el manosear demasiado a un enfermo grave es peligroso; no precisamente que la acción de *presencia* del médico fuese perjudicial, sino que la *actuación* de muchos médicos era fatal en el sentido de que le aplana, de que le colapsa, de que le resta fuerzas.

Y esto es una verdad que todos los médicos observadores pueden haber comprobado mil veces en su clientela.

Citaré en su apoyo algunos casos que, a mi entender, lo demuestran.

Luengos años ha — cuando teniendo ya convicciones homeopáticas ejercía aún con la alopátia, y hallándome de temporada en Vilasar de Mar — fui llamado para asistir a un capitán de la marina mercante, quien sufría, a mi entender, una infección intestinal (paratifoidea, que diríamos ahora). Como mi pronóstico estaba preñado de reservas, la familia quiso que alternásemos en la asistencia del enfermo con el doctor Botey, tío del actual doctor Botey, y persona para mi sumamente querida, con quien consultábamos una vez al día para aquel enfermo. Esto, y con toda y la cordial armonía que mediaba entre los dos, discrepábamos en algunos puntos. A las tres semanas de tratamiento se presentó una orquiepididimitis izquierda, que yo consideré como tuberculosa, mientras el doctor Botey opinó que era sólo de carácter tifódico. Tal discrepancia alarmó a la familia, quien creyó conveniente llamar a un tercero en discordia, que fué el doctor Pi y

Suñer de Barcelona, una de las primeras figuras alopáticas que privaban entonces en la ciudad condal. Este señor dió la razón al doctor Botey. No obstante, el testículo no se curaba; la fiebre se sostenía, había alguna tos y cada día se abrían nuevas vías de pus en el testículo, a pesar de las más sabias y heroicas aplicaciones tópicas. Yo, terco que terco, me mantenía en mis trece, a pesar de las respetabilísimas opiniones en contra de los doctores del Masnou y de Barcelona. Lo que era evidente, es que el enfermo no se curaba: la fiebre vespertina persistía con la anorexia, la tos y la múltiple supuración de aquel testículo. El doctor de Masnou venía cada día en consulta, y el doctor de Barcelona cada dos o tres días en consulta plena.

Así duró la discrepancia y la angustia de la familia muchos días, quizás dos o tres semanas, cuando el colega barcelonés torció su parecer hacia el mío y empezó a dar a comprender a la familia que el pulmón izquierdo se iba tuberculizando y, en consecuencia, el pronóstico se iba entenebreciendo. He de confesar que mi orgullo se sentía halagado por aquel cambio de opinión, por más que lamentase el mal estado del paciente.

La nueva medicación que se instituyó, en concordancia con el cambio de ideas de la mayoría, no dió más felices resultados, ni en lo general ni en lo local. El testículo, sobre todo, abría cada día nuevos trayectos fistulosos, y el pus que manaba era claro y grumoso, a pesar de los mil tópicos que a profusión se ensayaban; cuando un día, habiéndose terminado el repuesto de remedios que tenía la familia, mi estimado colega del Masnou, me propuso suspender toda medicación, toda vez, sobre todo, que al día siguiente debía venir el colega de Barcelona y cambiaría lo instituído por nosotros.

Por aquellos tiempos había aparecido en el mercado la maravillosa vaselina, de la cual los periódicos médicos hacían mil elogios. Acordamos, pues, con el doctor Botey, dejarle al paciente, por todo remedio tópico, unos emba-

durnamientos con la vaselina, que, por más señas, era amarillenta y no estaba prostituída con el dichoso ácido bórico, y por todo tratamiento interno unas tomas de agua minero-medicinal de Vichy (francés, entonces aun no había el Vichy catalán), no recuerdo la fuente.

Mi asombro y el del doctor Botey no tuvieron límites, cuando al día siguiente notamos un cambio radical en toda la escena. El teste no presentaba ni rastro de flogosis ni de supuraciones, la fiebre había cesado, la tos calmaba y el apetito, aunque en pequeña escala, renacía.

El doctor Botey era hombre de buen sentido y leal juicio. Convino conmigo en que aquella cura maravillosa, con la abstención de toda medicación, era la condenación más explícita de las medicaciones llamadas activas o heroicas.

En aquel hecho asombroso supimos ver el mucho mal que estuvimos haciendo al enfermo con nuestras intervenciones intempestivas, ¡y cuánto bien hacen los homeópatas, que CUANDO MENOS no hacen daño!

Otro caso.

Hace muchos años fui llamado para asistir en junta a un niño en el que entonces era pueblo de San Martín de Provensals. El cabecera era el distinguido doctor don Antonio Formica-Corsi, en la actualidad médico uruguayo, y debía consultar con nosotros un doctor sudamericano, algo sordo, de cuyo nombre no me acuerdo.

El enfermito sufría una asfixia lenta por estenosis laríngea; al tacto se encontraba la laringe superior edematosa y caliente, y el cabecera y yo conveníamos en que se trataba de una afección grave de la laringe, sin que pudiéramos precisar el carácter de aquel edema. En cambio, el médico sudamericano sostenía con gran convicción que allí se trataba de una faringitis catarral banal, que cedería fácilmente con *Belladonna*.

Como a mí me parecía que el error del sudamericano procedía de defecto de apreciación por mala inspección de la faringe, tuve empeño en demostrarle su error. Y así,

sosteniendo la abuela al infante en brazos, yo, con un mango de cuchara, deprimí la base de la lengua, y, entrando la plena luz en aquellas fauces, le gritaba al doctor sordo: «Lo ve usted como en la faringe no hay nada». Y mientras yo triunfaba diagnósticamente, el pobre niño dejaba de existir; mi intervención brutal, deprimiendo la lengua y tapando la glotis con la epiglotis, cortó el acceso de las menguadas cantidades de aire que iban sosteniendo la vida vacilante de aquel asfítico subagudo, y rápidamente cesó de vivir. Yo bien le hice tracciones rítmicas de la lengua, pero no obtuve ningún resultado. Aquel niño se estaba muriendo hacía muchos días, y bastó mi intempestiva intervención diagnóstica, para terminar súbitamente la asfixia muy avanzada.

Era evidente que sin mi intervención de orden diagnóstico, aquel enfermito hubiera vivido a lo menos algunas horas más.

Tercer caso.

También de este caso hace ya luengos años y no recuerdo detalles. Sé que se trataba de primera visita en un enfermito de pocos años, que hacía algunos días venía sufriendo de bronquitis, y, descontenta la familia, quiso que se encargara un homeópata de su asistencia. Llegué y encontré al enfermito con una bronquitis al parecer bastante extensa. Queriendo apreciar las sibilaciones del plano dorsal, incorporé al niño y apliqué el oído a su dorso. Poco rato lo tuve en esta postura, porque el niño dejó de existir. ¿Qué había pasado? Por efecto de la bronquitis el corazón estaba algo colapsado. Al incorporar al infante, produjo una anemia cerebral artificial, que vino a agravar la paresia del corazón, dejando de latir. Este es otro hecho evidente de lo perjudicial que es una intervención demasiado activa, casi estoy por decir demasiado sabia, a los enfermos muy depauperados.

Hechos como los citados, cuando están bien observados, fundamentan una convicción.

Otro hecho.

Se trataba de un viejo prostático, a quien trataba la hipertrofia de este órgano. Sobrevino una colitis persistente, que me pareció tuberculosa. Hice practicar al enfermo el examen serológico por la desviación del complemento, que con su habitual habilidad practicó el doctor. S. Pagés Maruny, y fué positiva. La familia quiso una junta. La tuvimos con un médico joven, pariente del paciente, y con un especialista en vías urinarias. Yo bien quise hacer notar al especialista, antes de que reconociese al enfermo, que allí lo de menos era el estado local, que lo más grave era la depauperación extremada del enfermo, con el corazón semicolapsado. Todas estas amonestaciones mías fueron oídas cual *vox clamantis in deserto* por el sabio especialista.

(Se continuará)

Bibliografía

Gracias a la amabilidad del eminente doctor Willis F. Dewey, Secretario del Consejo de Educación Médica del Instituto Americano de Homeopatía, podemos dar cuenta del interesante folleto «*Hospitals und Sanitoriums of the Hoæopathie schw of Medicine*, que contiene muchísimas y muy bellas fototipias de 101 hospitales homeopáticos de la *Accredited Class*, o sea puramente homeopáticos, que hay en los EE. UU. Estos 101 hospitales contienen 20,092 camas, y en el último año fiscal fueron tratados en ellos 10,957 enfermos hospitalizados. El tanto por ciento de mortalidad no subió del 4'1 %.

El valor total de las propiedades de estas 101 instituciones homeopáticas es de 36.819,492 dólares.

En la segunda clase o «*Registered class*» hay inscritas 19 instituciones, a las cuales están aliadas 153 que toleran y fomentan el tratamiento homeopático. (Que aprendan muchos sabios alópatas que sólo saben copiar de nuestra vecina del Norte la intolerancia).

El número de casos hospitalizados en los EE. UU. que han recibido tratamiento homeopático, se aproxima en el último año a 750,000.

UNIVERSITY OF MICHIGAN



3 9015 07659 2446



